

Ilustración

INÉS WHITE

(Fotografía artística, argentina contemporánea)

Esta obra, “Anónimos”, de Inés White se introduce en dos aspectos humanos trascendentes: la naturaleza material y la filosofía que adopta su conducta. En la primera hallamos la energía que constituye su física, en la segunda la respuesta a la lidia con el tiempo. Se existe a partir de una partícula anónima. ¿De dónde le llegó a ella el espíritu para sobreponerse a la ignominia del ser? En este proceso de transformación de la materia Inés White evade su fotografía de la escala espacio-temporal humana y en otra dimensión demuestra la posibilidad única que tiene el universo de ser objetivado a través de la conciencia.

Espacio y materia no se hallan separados sino interrelacionados. Los átomos corporales están en continua conexión con el resto del universo pero el encaje entre ellos no es mecánico sino energético. Uno de ellos modifica al resto. El organismo es un proceso dinámico “de” y “en” energía. La materia transmuta energía. Entre ser y universo hay un entrelazamiento continuo que termina cambiando todas las partículas cada cierto lapso. El arte fotográfico de White captura ese instante en que hay un tiempo, una materia y un espacio que han modelado toda la conciencia humana hacia un comportamiento que lo defendiera de su angustia existencial y de la incomprendida metamorfosis del universo.

La fotografía de la artista transmite la inmediatez en que todo sucede sin el *epojé*, esa pausa, suspensión del juicio (Sexto Empírico). El tiempo adopta en cada organismo consciente una situación de adecuación a él o a su transformación en carácter de acción lesiva. En esta inmediatez, en que el tiempo es escaso a pesar de la comunicación instantánea, parece más difícil que en otros tiempos alcanzar una conducta social de humanismo, cuando los acontecimientos se sucedían sin prisa. Y el romanticismo por la idea, la emoción, el prójimo, todavía tenían su espacio. Actualmente el tiempo parece acelerarse y el hombre anónimo queda a la vera del suceso intentando no quedar postergado por las novedades que cambian incesantemente.

Hay una contradicción profunda en las sociedades contemporáneas. Ella se produce entre la revitalización continua del conocimiento y la situación creciente de pobreza, caída ética, delincuencia, pobreza, ignorancia, delitos financieros, corrupción en la vida política-



“Anónimos”

económica. Se ha llegado a una nueva cultura que mantiene el culto a la inmediatez del éxito con quiebre de los valores, al divorciarse la razón de la ética, con la construcción de un individualismo cínico que es el final de cualquier moral. En este escenario ¿cómo lograr la instalación colectiva de una ética?

Hoy está modificado el sentido del deber que entrega la racionalidad. En las independientes democracias inaugurales se cultivaba la obligación del sacrificio de la persona en el contexto de la familia, la patria y la historia. Había un sentido religioso en relación al deber laico. La posmodernidad ha cerrado este deber laico con el ingreso a una época de poseder. Es un momento de la humanidad en que hay desvalorización de la abnegación. Se incentivan los deseos inmediatos, la pasión por el ego, una felicidad intimista y materialista. Hay bienestar basado en los derechos subjetivos con una sólida unión del hombre con el ego. Hoy la sociedad es posmoralista, otorga crédito a las reglas indoloras de la ética. Este individualismo tiene dos rostros: el que está integrado al beneficio del sistema y aquel sin justicia social para los expulsados del mismo.

Esta actitud ha usurpado el lado solidario. Las herramientas del proceso informático que se utilizan no establecen un estado educativo sobre la verdadera esencia y situación humanitaria. Ofrecen una vidriera donde el deseo por las cosas materiales se multiplica incesante y arrastra cada vez en mayor número a los hombres en esa compulsión de lograr lo que está más allá de sus posibilidades y de su real necesidad. Sin misterio, sin poesía, sin afecto, el hombre desmorona su esencia y se convierte en un fante que muda en una inmediatez, en que su última conquista material es efímera y lo desvanece en la intrascendencia existencial. Su conciencia queda reducida a un presente roto que nunca encontró su significado.

El hombre también advirtió que en esta lucha por pertenecer y mimetizarse con sus emociones a lo natural, ese romanticismo estaba herido de muerte. Se asemejó a los últimos brotes verdes antes de la nieve final. Entonces con un ímpetu sustentado en el progreso se abalanzó al Positivismo, en que todo se convirtió en inmediatez, fugacidad y materialismo brutal pese al conocimiento creciente. Todo debía tener la utilidad del interés. Los valores ya fueron solamente matemáticos. Lo solidario se transformó en tráfico de mercado. El impulso de aniquilar por supervivencia y miedo, visceral y ancestral desde el primer hombre, se situó dominante.

El hombre conlleva un gen artístico. La mayor satisfacción del artista no se halla en la obra terminada, sino en el proceso de su elaboración. Lo mismo sucede con la vida en la percepción de la sensibilidad. Una obra de vida concluida no compensa nada. Es una justificación o recuerdo ajado. La concreción del presente de cada vida es el éxtasis que podemos llegar a inhalar, esa conexión con el instinto primitivo de un animal que no imaginaba trepar hasta adjetivar el universo, porque asimilaba que él era parte de la quieta infinitud contemplada. La curiosidad, la avidez de novedades, la inmediatez, lo condujeron a la pregunta por la comprensión del ser, sin quitarle nunca hasta que muera, el estado de animal inconcluso.

Muchas de las concepciones del hombre, implementadas en la forma de encarar su participación a través de la conciencia son actos inocentes aunque impuros, ya que representan mezcla de necesidad y esperanza. En cuanto se asume la realidad de la historia la desaprensión que se obtiene es una escena imposible de soslayar a esta altura de la humanidad. Por supuesto ésta actitud se refugia en el eros y la impulsión ante lo desconocido. La inocencia representa un acto reflejo en la consideración que se hace del destino, también un fraude que utiliza el temor a la finitud.

El hombre construyó una historia de imaginaciones a contracorriente de su condición. Inauténtica. Ésta no lo lleva a la salvación, sino que lo acerca a la insatisfacción. A su propio aniquilamiento. En ella el progreso es un acto fatal. La catástrofe que ha diseñado, temido y también esperado, lo está derivando a una concreción pos-histórica. El fuego de Prometeus en la mano del hombre acelera paulatinamente su devenir siniestro. Algunos hombres tuvieron percepción de este sentido

inauténtico de la vida humana. Los pensadores vivieron aislados. Al permanecer solitarios se retiraron de la agresividad de la supervivencia. De la lucha por ella con el fin de conservar la ética. Sin embargo la vanidad de la existencia terrenal nos aleja del derrotero que ostentan los hombres auténticos. En esta situación el mundo se masifica mientras el hombre auténtico no cesa en su proyecto de crecer hacia un ser-espiritual. El desdoblamiento no cesa, siempre vuelve sobre sus comienzos cuando este animal un día dilucidó que era diferente a través de un hecho único, la incorporación del acto consciente.

Se deberá aceptar que asumido el escenario en la que el hombre actúa, detrás de la belleza espera la crueldad. Es la ley a la que está adscrito. No hay forma de evadir el orden superior instintivo. Lo sublime y la muerte son complementarios. La conciencia evidencia este dictado pero también obliga a la imaginación. El conocimiento ha llevado al hombre a una aceleración del encierro. A pesar de escalar peldaños hacia una superación constante nunca pudo marginar al instinto, un comportamiento animal que lo compromete hacia donde trepe y que lo vuelve extraño a ese mundo que intentó edificar con la duda y el logos.

En la historia humana hemos privilegiado la estabilidad previsible de los movimientos planetarios al caos del juego de dados. La visión del abismo celestial nos hace ver una escala de un dinamismo que a la distancia se nos antoja predecible, pero en realidad hay escalas con mayor fugacidad en todo el universo, regiones que se desvían de su estado en tiempos cortos. Inés White demuestra que si obtuviésemos un mapa espacio-temporal de los organismos veríamos una danza biológica de partículas las que no dejan de crearse, destruirse y transformarse. En este nivel de comprensión de la realidad, la ciencia y la metafísica se superponen, en una suerte de relaciones cercanas y complejas. Ya no nos podemos considerar aislados sino pertenecientes a un todo. Sin ese todo no seríamos lo que somos, un hombre, esa materialidad de los átomos que un día se hizo un ser vivo en forma sorprendente e ignorada.

La reorganización constante de todo el cosmos lleva a entender que la muerte no es frontera irreversible sino un cambio en la materia. Casi todos los átomos que constituyen nuestros cuerpos han sido producidos en el interior de las estrellas hace millones de años. Nuestra identidad queda en la memoria del "yo" que ostentamos. El cuerpo es un proceso continuo de renovación y de enlaces energéticos con su entorno.

En una carta enviada por Albert Einstein a la hija de Michele Besso, su amigo fallecido, expresaba (1955): "Para las personas como nosotros, que creemos en la física, la separación entre pasado, presente y futuro sólo tiene la importancia de una ilusión reconociblemente tenaz". En consonancia con estas palabras la fotografía de Inés White abre una puerta en que el hombre contempla su propio misterio.